

# PAZ

## ÍNDICE

- [1. El trato con Jesucristo, fuente de paz](#)
- [2. Paz interior y cumplimiento de la voluntad de Dios](#)
- [3. Paz y humildad](#)
- [4. Paz y caridad](#)
- [5. La paz, consecuencia de la lucha ascética](#)
- [6. Otros caminos de la paz](#)
- [7. Serenidad y confianza en Dios](#)
- [8. Causas de la falta de paz](#)
- [9. Frutos de la paz](#)
- [10. Dar serenidad y paz a los demás](#)

\* \* \*

### **1. El trato con Jesucristo, fuente de paz [Volver al Índice](#)**

Donde no está Jesús se encuentran pleitos y guerras, pero donde Él está presente todo es serenidad y paz (ORÍGENES, en *Catena Aurea*, vol. III, p. 360).

La verdadera, la única paz de las almas en este mundo consiste en estar llenos de amor de Dios y animados de la esperanza del cielo, hasta el punto de considerar poca cosa los éxitos o reveses de este mundo [...]. Se equivoca quien se figura que podrá encontrar la paz en el disfrute de los bienes de este mundo y en las riquezas. Las frecuentes turbaciones de aquí abajo y el fin de este mundo deberían convencer a ese hombre de que ha construido sobre arena los fundamentos de su paz (SAN BEDA, *Hom. 12 para la Vigilia de Pentecostés*).

¡Cuántas contrariedades desaparecen, cuando interiormente nos colocamos bien próximos a ese Dios nuestro, que nunca abandona! Se renueva, con distintos matices, ese amor de Jesús por los suyos, por los enfermos, por los tullidos, que pregunta: ¿qué te pasa? Me pasa... Y, en seguida, luz o, al menos, aceptación y paz (S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 249).

Acerquémonos a Él con confianza [...], y mandará a los vientos, esto es, a los demonios [...], y se hará una gran serenidad en los cuerpos y en las almas, y se restablecerá la paz en la Iglesia y la calma en el mundo (ORÍGENES, en *Catena Aurea*, vol. I, p. 501).

Y les dijo: *Paz a vosotros; soy yo, no temáis*. Avergüéncenos el prescindir del saludo de la paz, que el Señor nos dejó cuando iba a salir del mundo. La paz es un nombre y una cosa sabrosa, que sabemos proviene de Dios, según dice el Apóstol a los filipenses: *la paz de Dios*; y que es de Dios lo muestra también cuando dice a los efesios: *Él es nuestra paz*. La paz es un bien recomendado a todos, pero observado por pocos. ¿Cuál es la causa de ello? Quizás el deseo de dominio, o de ambición, o de envidia, o de aborrecimiento del prójimo, o de alguna otra cosa, que vemos en quienes desconocen al Señor. La paz procede de Dios, que es quien todo lo une [...]. La transmite a los ángeles [...] y se extiende también a todas las criaturas que verdaderamente la desean (SAN GREGORIO NACIANCENO, en *Catena Aurea*, vol. VI, p. 545).

*Haced alto en el camino y ved. Preguntad por los caminos de antes: ¿Es ésta la senda buena? Pues seguidla, y hallaréis la paz para vuestras almas (Jer 6, 16). Vosotros veréis al punto cómo se os allanan las cuestas y se os nivelan los declives (Is 40, 4). Gustaréis y veréis que el Señor es bueno (Ps 23, 9). Ante la palabra de Cristo en el Evangelio: Venid a mi todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviare (Mt 11, 28), depondréis el peso abrumador de vuestros vicios. Luego comprenderéis las palabras que siguen: Pues mi yugo es blando y mi carga ligera (Íbid. 30). La senda del Señor es todo refrigerio, si se marcha por ella siguiendo su Ley. Somos nosotros quienes nos creamos dolores y tormentos, por nuestras preocupaciones, siempre que preferimos seguir los caminos tortuosos de este siglo, incluso a trueque de peligros y dificultades (CASIANO, *Colaciones*, 23).*

## **2. Paz interior y cumplimiento de la voluntad de Dios [Volver al Índice](#)**

Esta paz no se logra ni con los lazos de la más íntima amistad ni con una profunda semejanza de espíritu, si todo ello no está fundamentado en una total comunión de nuestra voluntad con la voluntad de Dios. Una amistad fundada en deseos pecaminosos, en pactos que arrancan de la injusticia y en el acuerdo que parte de los vicios nada tiene que ver con el logro de esta paz (SAN LEÓN MAGNO, *Sermón 95, sobre las bienaventuranzas*).

Por encima de todo, conservad la paz del corazón, que es el mayor tesoro. Para conservarla, nada ayuda tanto como el renunciar a la propia voluntad y poner la voluntad del corazón divino en lugar de la nuestra (SANTA MARGARITA M<sup>a</sup> ALACOQUE, *Cartas*, 1. c., t. 2, p. 321).

Un razonamiento que lleva a la paz y que el Espíritu Santo da hecho a los que quieren la Voluntad de Dios: «*Dominus regit me, et nihil mihi deerit*»—el Señor me gobierna, nada me faltará.

¿Qué puede inquietar a un alma que repita de verdad esas palabras? (S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n 760).

Para el cristiano, la libertad no proviene del mismo hombre: se manifiesta en la obediencia a la voluntad de Dios y en la fidelidad a su amor. Es entonces cuando el discípulo de Cristo encuentra la fuerza de luchar por la libertad en este mundo. Ante las dificultades de esta tarea, no se dejará llevar por la inercia ni el desaliento, ya que pone su esperanza en Dios, que sostiene y hace fructificar lo que se realiza en el espíritu (JUAN PABLO II, *Mensaje para la «Jornada de la Paz»* 8-XII-1980, n. 11).

## **3. Paz y humildad [Volver al Índice](#)**

La humildad es otro buen camino para llegar a la paz interior. —«Él» lo ha dicho: «Aprended de mi, que soy manso y humilde de corazón... y encontraréis paz para vuestras almas». (S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 607).

Los santos nos enseñan que esta acusación de sí mismo es el único camino que nos puede llevar a la paz (SAN DOROTEO, *Instrucción 7*).

Solas tres cosas me extenderé a dedarar (...para tener) exterior e interiormente la paz que tanto encomendó Nuestro Señor: la primera cosa es amor unas con otras; la segunda, desasimiento de todo lo criado; la última es verdadera humildad, que, aunque la digo a la postre, es muy principal y las abraza todas (SANTA TERESA, *Camino de perfección*, 4, 4).

Continua paz tiene el humilde; mas en el corazón del soberbio hay saña y desdén muchas veces (*Imitación de Cristo*, I, 7, 2).

#### **4. Paz y caridad [Volver al Índice](#)**

La paz es obra de la *justicia* indirectamente, en cuanto remueve los obstáculos que a ella se oponen; pero propia y directamente proviene de la caridad, que es la virtud que realiza por excelencia la unión de todos los corazones (SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, 2-2, q. 29, a. 3 ad 3).

Todo aquel que por amor se compadece de cualquier miseria ajena se enriquece, no sólo con la virtud de su buena voluntad, sino también con el don de la paz (SAN LEÓN MAGNO, *Sermón 6, sobre la Cuaresma*).

La bienaventuranza de los pacíficos es el premio de su adopción. Por eso se dice: *serán llamados hijos de Dios*. Solamente Dios es el padre de todos, y no se puede entrar a formar parte de su familia si no vivimos en paz mutuamente por medio de la caridad fraterna. (SAN HILARIO, en *Catena Aurea*, vol. I, p. 252).

#### **5. La paz, consecuencia de la lucha ascética [Volver al Índice](#)**

Para guardar la paz del alma, hay que echar fuera el abatimiento, es necesario intentar un espíritu alegre y exento de tristeza [...]. Para conservar la paz interior, se debe también evitar cuidadosamente censurar a los demás. Se conserva la paz no juzgando al prójimo y guardando silencio. En este estado el espíritu

recibe las revelaciones divinas (SAN SERAFÍN DE SAROV, *Recomendaciones espirituales*, 1. c., pp.661-668).

La paz es consecuencia de la guerra, de la lucha, de esa lucha ascética, íntima, que cada cristiano debe sostener contra todo lo que, en su vida, no es de Dios: contra la soberbia, la sensualidad, el egoísmo, la superficialidad, la estrechez de corazón. Es inútil clamar por el sosiego exterior si falta tranquilidad en las conciencias, en el fondo del alma (S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 73).

La paz debe realizarse en la verdad; debe construirse sobre la justicia; debe estar animada por el amor; debe hacerse en la libertad. Sin un respeto profundo y generalizado de la libertad, la paz escapa al hombre. No tenemos más que mirar en derredor nuestro para convencernos (JUAN PABLO II, *Mensaje para la «Jornada de la Paz»*, 8-XII-1980, n. 2).

## **6. Otros caminos de la paz [Volver al Índice](#)**

Nadie puede alcanzar la paz interior que desea sin una gran contrición de corazón (CASIANO, *Colaciones*, 7, 6)

Se promete la paz a todos los que se consagran a la edificación de este templo, ya sea que su trabajo consista en edificar la Iglesia en el oficio de catequistas de los sagrados misterios, ya sea que se entreguen a la santificación de sus propias almas, para que resulten piedras vivas y espirituales (SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Coment. sobre el profeta Ageo*, 14).

La paz es obra nuestra: exige nuestra acción decidida y solidaria. Pero es inseparablemente y por encima de todo un don de Dios; exige nuestra oración. Los cristianos deben estar en primera fila entre aquellos que oran diariamente por la paz, deben además enseñar *a orar por la paz*. Ellos procurarán orar con María, Reina de la paz.

A todos, cristianos, creyentes y hombres de buena voluntad, os digo: no tengáis miedo de apostar por la paz, de educar para la paz. La aspiración a la paz no quedará nunca decepcionada. El trabajo por la paz, inspirado por la caridad que no pasa, dará sus frutos. La paz será la última palabra de la historia (JUAN PABLO II, *Aloc.* 8-12-1978).

Mucha paz tendríamos si en los dichos y hechos ajenos (que no nos pertenecen) no quisiésemos ocuparnos (*Imitación de Cristo*, I, 11, 1).

Veis aquí cómo con estas dos cosas, amor y temor de Dios, podemos ir por este camino sosegados y quietos (SANTA TERESA, *Camino de perfección*, 42, 1).

Estás intranquilo. —Mira: pase lo que pase en tu vida interior o en el mundo que te rodea nunca olvides que la importancia de los sucesos o de las personas es muy relativa. —Calma: deja que corra el tiempo; y, después, viendo de lejos y sin pasión los acontecimientos y las gentes adquirirás la perspectiva, pondrás cada cosa en su lugar y con su verdadero tamaño. Si obras de este modo serás más justo y te ahorrarás muchas preocupaciones (S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 702).

## **7. Serenidad y confianza en Dios [Volver al Índice](#)**

Pero los Apóstoles, en medio de las persecuciones, mantuvieron en Cristo la paz, sin abandonarle; por el contrario, buscaron refugio en Él [...]. En ellos se cumplió lo que les había dicho: *tened confianza, yo he vencido al mundo*. Confiaron y vencieron. ¿Por quién vencieron sino por Él? (SAN AGUSTÍN, *Trat. Evang. S. Juan*, 103).

El me ha garantizado su protección, no es en mis fuerzas donde me apoyo. Tengo en mis manos su palabra escrita. Este es mi báculo, esta es mi seguridad, este es mi puerto tranquilo. Aunque se turbe el mundo entero, yo leo esta palabra escrita que llevo conmigo, porque ella es mi muro y mi defensa. ¿Qué es lo que ella me dice? Yo estaré siempre con vosotros hasta el fin del mundo. Cristo está conmigo, ¿qué puedo temer? Que vengan a asaltarnos las olas del mar y la ira de los poderosos; todo eso no pesa más que una tela de araña (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. antes del exilio*, 1-3).

## **8. Causas de la falta de paz [Volver al Índice](#)**

El excesivo cuidado que tenemos de nosotros mismos hace que nuestro espíritu pierda la tranquilidad, y nos lleve a tener un humor

raro y desigual. Así nos sucede que, en cuanto tenemos alguna contradicción, en cuanto nos damos cuenta de nuestra falta de mortificación, cuando caemos en algunos de nuestros defectos, por pequeño que sea, nos parece que todo se ha venido abajo (SAN FRANCISCO DE SALES, *Plática III, de la Firmeza*, 1. c.).

Puede haber entendimiento entre personas que tienen distinto criterio sobre algo, pero jamás podrá existir verdadera armonía donde impera la discrepancia de voluntades (CASIANO, *Colaciones*, 16).

No hay paz en el corazón del hombre sensual ni en el que se ocupa en lo exterior, sino en el que anda en fervor espiritual (*Imitación de Cristo*, I, 6, 2).

En esta vida, con grandes trabajos buscan los hombres el reposo y la seguridad, pero con sus malos deseos no los encuentran. Porque ponen su descanso en las cosas inquietas y que no permanecen; y como ellas les son quitadas y pasan, les originan miedos y dolores, sin dejarles tener sosiego (SAN AGUSTÍN, *Sobre las costumbres de la Iglesia católica*, 1).

*Os doy mi paz, os dejo mi paz (Jn 14, 27)*. Pero ¿para qué nos sirve saber que esta paz es buena, si no la cuidamos? Lo que es muy bueno normalmente es muy frágil, y los bienes preciosos reclaman mayores cuidados y una vigilancia más cuidadosa. Muy frágil es la paz, que puede perderse por una palabra inconsiderada o por la menor herida causada a un hermano. En efecto, nada agrada más a los hombres que hablar fuera de propósito y ocuparse en lo que no les atañe, pronunciar vanos discursos y criticar a los ausentes (SAN COLUMBANO, Instrucción 11, 1-4).

## **9. Frutos de la paz [Volver al Índice](#)**

La paz es madre del amor, vínculo de la concordia e indicio manifiesto de la pureza de nuestra mente; ella alcanza de Dios todo lo que quiere, ya que su petición es siempre eficaz. Cristo, el Señor, nuestro rey, es quien nos manda conservar esta paz, ya que él ha dicho: *La paz os dejo, mi paz os doy*, lo que equivale a decir: «Os dejo en paz, y quiero encontraros en paz»; lo que nos dio al marchar quiere encontrarlo en todos cuando vuelva (SAN PEDRO CRISÓLOGO, *Sermón sobre la paz*)

Serenos, aunque sólo fuese para poder actuar con inteligencia: quien conserva la calma está en condiciones de pensar, de estudiar los pros y los contras, de examinar juiciosamente los resultados de las acciones previstas. Y después, sosegadamente interviene con decisión (S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 79).

Concertada interiormente y afirmada esta paz, por más persecuciones que trame desde fuera el que afuera fue arrojado, no hará otra cosa que aumentar la gloria de Dios, sin derribar nada de aquel edificio, consiguiendo, al fracasar sus maquinaciones, poner de manifiesto cuánta es la firmeza que hay por dentro (SAN AGUSTÍN, *Sobre el Sermón de la Montaña*, 1).

El hombre que procura la paz es más útil que el muy letrado (*Imitación de Cristo*, 11, 2, 3).

¿Qué cosa mejor podríamos encontrar entre los dones divinos para honrar la fiesta de hoy, que aquella paz que anunciaron los ángeles en el nacimiento del Señor? En efecto, esta paz es la que engendra hijos de Dios, la que alimenta el amor, la que es madre de la unidad. Ella es descanso para los santos y tabernáculo donde moran los invitados al reino eterno. El fruto propio de esta paz es que se unan a Dios aquellos que el Señor ha segregado del mundo (SAN LEÓN MAGNO, *Sermón 6, sobre la Natividad*).

El que está en paz no piensa mal de nadie. En cambio, el descontento o inquieto es atormentado por muchas sospechas; ni descansa él ni deja descansar a los demás (*Imitación de Cristo*, II, 2, 3).

## **10. Dar serenidad y paz a los demás [Volver al Índice](#)**

La alegría se mete en la vida de oración, hasta que no nos queda más remedio que romper a cantar: porque amamos, y cantar es cosa de enamorados.

Si vivimos así, realizaremos en el mundo una tarea de paz; sabremos hacer amable a los demás el servicio al Señor, porque *Dios ama al que da con alegría* (2 Cor 9, 7). El cristiano es uno más en la sociedad; pero de su corazón desbordará el gozo del que se propone

cumplir, con la ayuda constante de la gracia, la Voluntad del Padre (S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 92-93).

Tienen una gran dignidad los pacíficos, porque así como se llama hijo del rey al que habita con él en su palacio, así los pacíficos se llaman hijos de Dios porque habitan en el palacio de la paz de Dios (SANTO TOMÁS, en *Catena Aurea*, vol. 1, p. 252).

Empieza por tener paz en ti mismo, y así podrás dar paz a los demás (SAN AMBROSIO, en *Catena Aurea*, vol. I, p. 254).

Los pacíficos se llaman bienaventurados, porque primero tienen paz en su corazón y después procuran inculcarla en los hermanos desavenidos (SAN JERÓNIMO, en *Catena Aurea*, vol. I, p. 251).

No se contenta el Señor con eliminar toda discusión y enemistad de unos con otros, sino que nos pide algo más: que tratemos de poner paz entre los desunidos (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. sobre S. Mateo*, 15).

Teniendo en cuenta que Cristo es la paz, mostraremos la autenticidad de nuestro nombre de cristianos, con nuestra manera de vivir, ponemos de manifiesto la paz que reside en nosotros (SAN GREGORIO NISENO, *Trat. sobre modelo cristiano*).

Se llaman pacíficos los hijos de Dios en atención a que nada hay en ellos que se oponga a Dios: también los hijos deben parecerse a sus padres (SAN AGUSTÍN, en *Catena Aurea*, vol. I, p. 252)